



Un debate actual y necesario para la izquierda chilena

Criterios para una segunda renovación socialista

por Álvaro Ramis*

El debate sobre la necesidad de una segunda renovación socialista se ha expresado en el último tiempo a través de diversas voces. Hablar de una nueva renovación socialista puede ser una reflexión necesaria sobre la trayectoria del socialismo en Chile, pero no da lo mismo cuál renovación se plantea.

En general, se suele centrar el debate a partir de un paralelo entre dos grandes renovaciones: La "primera renovación" (años ochenta), que se centró en la revalorización de la democracia y la construcción de amplias alianzas políticas. Fue fundamental para la recuperación democrática tras la dictadura de Pinochet y permitió el surgimiento de la Concertación. Y ahora se propone una "segunda renovación" que se postula como un desafío adaptarse a los nuevos tiempos y conectarse con las vanguardias de la ciencia, la política, el arte y la economía.

Nadie puede negar que el socialismo debe evolucionar y adaptarse a los nuevos desafíos, como la crisis climática, la desigualdad y los avances tecnológicos. También debe ampliar su agenda, lo que implica repensar conceptos clave como el Estado, la producción, la sustentabilidad y la igualdad de género. El socialismo debe fortalecer sus vínculos con la sociedad civil y nutrirse de nuevas ideas y prácticas. Y, sobre todo, distanciarse de prácticas autoritarias, que ratifican la democracia y los derechos humanos. Pero con todo, debe seguir siendo una propuesta socialista, digna de ese nombre.

Una ecuación compleja

Esta discusión se destaca por trascender la coyuntura inmediata y abordar preocupaciones estratégicas que superan el electoralismo de corto plazo. Si bien involucra al Partido Socialista y al Partido Comunista, con su larga historia, también los trasciende. El Frente Amplio, como partido que se declara socialista en su declaración de principios, debería participar en este proceso, así como todas las expresiones de la izquierda chilena, que inevitablemente deben posicionarse frente a un planteamiento que busca conciliar la teoría con la realidad. Recordemos que incluso la Democracia Cristiana planteó su idea del socialismo comunitario, bajo el liderazgo de Radomiro Tomić. Y las organizaciones de la izquierda revolucionaria también aportaron miradas propias y creativas a la tradición socialista.

Por eso la idea actual de una segunda renovación socialista se enfrenta a una ecuación compleja de tres términos que deben integrarse de manera racional y emocional: socialismo, democracia y mercado. La renovación de los años ochenta proporcionó una respuesta preliminar a este desafío, pero también abrió flancos que generaron defectos e



Carlos Fernández, *Serie Titanes del ring 2.0* (Resina poliéster, fierro, pintura acrílica), 2024 (Gentileza Galería La Sala)

insuficiencias. En 2006, Jorge Arrate criticó que esa primera renovación socialista fuera funcional a los momentos iniciales de la transición, a la cautela y moderación imperantes, lo que incentivó su uso oportunista, adhesiones de circunstancia y desarrollos posteriores que no tuvieron relación directa con la "renovación originaria".

Décadas después, es necesario despejar esta sombra para actualizar el programa de lo que Arrate denominó la "primera renovación". Si entendemos la segunda renovación como un movimiento táctico, funcional a nuevos oportunismos, el ejercicio será estéril. Sin embargo, si se fundamenta en un socialismo que no sea "un conjunto de dogmas estáticos, sino una concepción viva, esencialmente dinámica", en continuidad con la Introducción al Programa del PS de 1947, redactado por Eugenio González, los resultados pueden ser muy valiosos.

Democracia debilitada

Para clarificar la segunda "renovación", es necesario abordar varias aristas. La relación entre socialismo y democracia debe responder a las crisis de legitimidad de las prácticas democráticas actuales. En los años ochenta, la ola democratizadora albergaba una enorme esperanza que hoy se ha desvanecido. El apoyo a la democracia como mejor sistema de gobierno ha disminuido drásticamente, y la confianza en sus instituciones se ha erosionado. Además, existe una amenaza internacional desde posiciones que combinan autoritarismo y populismo de manera eficaz.

La democracia ha sido distorsionada por las dinámicas del mercado a través de diversos mecanismos: el disciplinamiento crediticio de la ciudadanía, la influencia del financiamiento privado en la política, la crisis de la opinión pública derivada de la mercantilización de los medios de comunicación, y la propensión al individualismo y al patriarado, todos elemen-

tos presentes en la ciudadanía que el socialismo aspira a representar.

Por otro lado, las propuestas socialistas deben rechazar la idea de fetichizar la democracia como una simple formalidad jurídica. Incluso, la pretensión de llegar a una definición mínima de democracia que la limite históricamente e impida su evolución hacia formas más participativas y profundas de deliberación y decisión es incompatible con la noción de un socialismo vivo y dinámico, tal como proponía Eugenio González. Sin embargo, esta evolución hacia formas innovadoras de democracia no puede desacoplarse de los fundamentos procedimentales que dan forma a la idea misma de lo democrático. Las experiencias populistas recientes en América Latina, especialmente las derivas autoritarias de Nicaragua y Venezuela, demuestran que es crucial que el ideal democrático no sea manipulable. La democracia no puede ser utilizada como excusa para eliminar los ciclos electorales, la separación de poderes, la vida cívica y el estado de derecho.

Reglas del juego

En este sentido, es pertinente revisar la idea de Adela Cortina sobre un "socialismo procedimental", para evitar que la idea socialista se convierta en un enunciado moral vacío, en un ideal universal de felicidad popular, abstracto y especulativo. El socialismo debe transformarse en una concepción procedimental sobre la justicia, que ofrezca mecanismos más adecuados al ideal democrático que los liberales, lo cual implica identificar en qué difieren los procedimientos liberales de los socialistas, y en qué medida se articulan inexorablemente. En esencia, el socialismo procedimental propuesto por Cortina se centra en los procedimientos justos para la toma de decisiones y la organización de la sociedad, en lugar de imponer una visión preestablecida de cómo debe ser esta. Es decir, se trata de diseñar reglas del

juego que garanticen la igualdad, la justicia social y el bienestar de la ciudadanía.

Respecto al mercado, es importante disputar su carácter y sentido. Hay que volver continuamente a Karl Polanyi para recordar que el mercado es una institución mucho más antigua que el capitalismo, con raíces antropológicas profundas y diversas. No obstante, no es una realidad "natural", sino una construcción diseñada y articulada mediante compromisos morales intersubjetivos que trascienden el principio de utilidad. Reconciliar mercado y socialismo es mucho más complejo que aceptar acríticamente el orden financiero actual: implica reconocer que el mundo popular en América Latina está arraigado a una estructura de mercado que ha sido descrita acertadamente por autores de derecha como Hernando de Soto, cuyas ideas, aunque atractivas, presentan muchas fallas en varios niveles de análisis. No obstante, su diagnóstico es válido: "En su mayoría, los pobres ya son dueños de los activos necesarios para hacer un éxito del capitalismo. Sin embargo, poseen dichos activos de forma inadecuada, puesto que no existen medios que los ayuden a respaldar sus propiedades y crear capital. Tienen casas, pero no tienen títulos de propiedad... justamente la herramienta que necesitan para generar plusvalía" (1).

Una oportunidad

Sin valorar y potenciar la capacidad de agencia económica y política de los actores populares, el socialismo latinoamericano se reduce a dos opciones: en su mejor versión, un Estado de protección social mínimo, bajo una lógica subsidiaria -lo que podría denominarse la vía chilena a un socialismo de bajísima intensidad-; o un proyecto populista, desfinanciado y clientelista, la vía argentina a un neoperonismo disfuncional. Tal vez sea tentador conformarse con nuestro estado actual, entendiendo que los subsidios a la demanda son el máximo grado de intervención pública tolerable en este momento de la evolución de nuestra sociedad. Sin embargo, administrar eficientemente el presente es importante, pero no agota la fuerza del anhelo socialista, que debería enfocarse en una sociedad plenamente justa, sostenible y productiva.

Renovar por segunda vez el socialismo debería ser una oportunidad para dialogar con una sociedad integrada por trabajadoras y trabajadores de labores crecientemente inmateriales, de cuidados, de servicios, de teletrabajo y procedimientos virtualizados, así como con quienes viven en una precariedad crónica y permanente. Un socialismo que responda a una diversidad de personas que buscan mantenerse a sí mismas y a su entorno con vida, en una pluralidad de situaciones y formas de producir que están reconfigurando profundamente las dinámicas productivas de la sociedad actual. ■

1. Mammen, David. 2001. Roundtable Discussion for the International Division of the American Planning Association. *Interplan* (June): 2-9.

*Rector Universidad Academia de Humanismo Cristiano.